

## SIN ROSTRO HUMANO

Por MIKEL AZURMENDI

LAS agresiones verbales a Fidalgo fueron colectivas y duraron mucho más que una manifestación; pero al ser metonimizadas en la calle el 1 de mayo con un asta, el palo de una pancarta seguramente, por el ciudadano G, la acción era obrada en nombre del colectivo Sintel. Quien apaleaba era el sujeto colectivo Sintel o agrupamiento de obreros de CCOO que se sentía traicionado por su dirección en la resolución de ese conflicto. En aquella acción, el propio apaleado perdía individualidad para adquirir personalidad moral. Y la obra obrada tenía alcance mágico y sacramental, porque no extraía fuerza del actante sino del sentido de la acción misma (ex opere operato). Fidalgo mismo lo intuyó quitando hierro al asunto y clamando que él no llevaría ante la justicia a aquel individuo, como se le suele llevar a uno que te ha robado la cartera y ha sido apresado in fraganti. Y lo hizo así porque sintió con olfato riguroso que el agresor no actuaba en tanto que individuo separado; es más, Fidalgo y otros líderes del sindicato se dedicaron a condenar al conjunto de Sintel sacando a colación algunos otros actos intimidatorios que venían sucediéndose desde tiempos atrás.

Pero interesa ver más allá de la anécdota porque el ciudadano G nunca pegaría a Fidalgo a solas, al encontrarse de tú a tú en un despacho o en la calle. No; Fidalgo fue golpeado por carecer de rostro humano; el 1 de mayo en la calle él era un mero representante, el personaje vicario de todo el mal a ojos de quien se situaba en aquella manifestación en el lado de los derechos sacrificados de un grupo de obreros. Cuando los intereses que mueven a las personas a engrosar colectivos se manejan como si fuesen derechos, las personas pierden rostro humano. Entonces queda instaurado el campo del nosotros/los otros, un campo donde yo o tú desaparecemos porque nos enfrentamos al otro. Es el campo donde se suspende el diálogo o negocio

entre intereses contrapuestos (donde todos deberían ceder algo) para convertirse en campo del músculo, en pos de la victoria. O de la venganza. Sólo cuando se mira a los hombres y mujeres desde su dignidad se los ve a todos igual, y no siendo nadie más que nadie, se los clasifica de uno en uno. Sólo entonces el animal humano adquiere rostro humano.

La literatura del holocausto nos ha mostrado a seres que no eran mirados de uno en uno sino como grupos, a causa del artificio de haberse buscado similitudes de origen, raza, religión, ideología o cualquier otra forma de clasificar individuos; y entonces esos seres quedaban en esa zona gris donde no existen rostros humanos. Y así surgían el Lager, el Gulag y cualquier otro campo de exterminio. En determinadas circunstancias del sistema democrático, la manifestación de calle como método de resolución de conflictos puede reforzar la zona gris de la inhumanidad, ésa donde no se ven ya rostros humanos. Precisamente, porque opera con sistemas duales y antagónicos de clasificación y orden: el debate entre intereses divergentes aparece como si de derechos enfrentados se tratase y lo que era discrepancia se vuelve guerra, mutando la metáfora en literalidad metonímica en virtud de los vigorosos estados emotivos y fuertes propensiones a actuar del rito colectivo de calle. ¿La estrategia de oposición, que desde la huelga general pasando por el chapapote ha culminado en el callejero «no a la guerra», no ha auspiciado mediante ese prolongado y recurrente ritual de asfalto, grito y pancarta algún campo pardo de zona gris? ¿Cuántos palos de pancarta no hubiesen caído sobre Aznar o sobre cualquier dirigente del PP, si hubiesen tenido la mala fortuna de pasar junto a alguna de esas manifestaciones? ¿Es o no literal la palabra «asesino» proferida en el Parlamento? Y ¿lanzada en las manifestaciones de calle, cuándo invita a la mimesis metonímica? ¿Solamente cuando la profiere ETA?

De lo que no hay duda es de que esa palabra y otras parecidas han fecundado contextos semánticos necesarios para estados de cosas asesinos. ETA ha funcionado en ese registro simbólico y su esplendor reside en haber logrado que los nacionalistas carezcan absolutamente de visión de humanidad cuando avistan al individuo. Pues todos ellos sólo perciben a «los del pueblo» (que eso significa herritarrok) y, al resto, todo él enemigo a abatir. La dominical palabra «los de Madrid» y otras del discurso diario de Arzalluz juegan en ese mismo

campo semántico de «enemigo». Sin rostro humano, abatible por tanto; abatible porque, tras años de inacabables rituales de monte, campa y calle, las personas acabaron figurando como partes de un proyecto colectivo. Las no nacionalistas, como parte del conjunto de lo nocivo y peligroso para el colectivo. Autodeterminación es para ellos también un acto de esa tipología colectivista y dual, solamente un separarse de, sin jamás lograr entender que signifique un encauzar de manera autónoma las opciones de vida buena de cada cual. De parecida manera funcionaron las palabras «proletariado» o «lucha de clases» en ciertos léxicos del pasado, creando asimismo estados de cosas de enfrentamiento y guerra civil.

En esta época postnacional de globalización, a esta clase de operación para lograr el ocultamiento del rostro humano se le llama etnizar. Su proceso consiste en instituir arbitrarias diferencias entre los individuos mediante el artificio de naturalizarlas, desfigurándolas lo suficiente para que parezcan absolutas e insalvables, y así contraponerlas a las del vecino, siempre un otro. La génesis de etnicidad es siempre alguna acción en pos del poder pero a la contra, y requiere siempre de violencia: primero verbal y conceptual, enseguida física. Se logra etnizar la nación estableciendo la negación como expresión esencial de la soberanía política; fomentando la adscripción obligatoria y la gran concentración o manifestación de masas como medio de participación cívica; configurando la trama de pasado-futuro como un constante peligro de enemigo presente, tanto exterior como interior; evaluando el fracaso político desde la victimización y, el éxito, desde la soteriología, como parte de un prometido destino fulgurante tras echar a los espúreos; y, además, privilegiando una persuasión basada en el músculo y no en la discusión, músculo físico del terror o ideológico del achantamiento o la exclusión.

Son rasgos que practica modélicamente el Gobierno vasco, pero que van apareciendo de modo disperso en medio de muchas actitudes, disposiciones y acciones de la izquierda española. Sería un fracaso sin paliativos que los partidos democráticos cayesen en esa nefasta conducta, como cayó casi toda la oposición en la reciente campaña a propósito de la guerra en Irak sin haber hecho bloque sincero con el PP perseguido, asaltado e impedido de expresarse. Por eso, a los ciudadanos sí nos reconforta la reacción del

**Gobierno ante esa efeméride del 1 de mayo, al haber sabido expresar sin ambages que «todos somos Fidalgo», precisamente porque en democracia todos sólo tenemos un rostro humano.**